

# MÉXICO EN JAQUE

/Aitor Francos/

Me desconcierta que una joya cinematográfica como *El quimérico inquilino* de Roman Polanski (basada en una novela del integrante del Grupo Pánico Roland Topor) sea tan desconocida e incomprensida. Partiendo de un argumento febril y electrizante, la película da libertad a las riendas de la paranoia: un tímido conserje, el señor Trelkovsky (interpretado de un modo magistral y metamórfico por el propio Polanski), joven parisino correcto y discreto, se muda a una habitación de alquiler que ha quedado libre en la calle Pyrénées. En ella, la anterior inquilina intentó suicidarse arrojándose por la ventana. Una vez establecido, empieza a mimetizarse con el entorno, a sufrir pesadillas y a verse influido por la sensación de persecución y vigilancia de los vecinos (similar a lo que se ve en *La comunidad*, de Álex de la Iglesia). Una grotesca trampa que adquiere las precisas dimensiones de un edificio sin salida. Y es que una comunidad no deja de ser el reflejo sistemático y a pequeña escala de una sociedad entera, con su multiplicidad de caracteres, con los celos y las motivaciones de los inquilinos, sin olvidar los rumores que tan fácilmente se propagan entre los pisos. Todos los vecinos respetan un soterrado código de honor. En un mundo de total transparencia en el que absolutamente todo es al mismo tiempo público y privado, exterior e interior, apariencia y realidad.

JUAN PABLO VILLALOBOS

*Te vendo un perro*



ANAGRAMA  
Narrativas Hispanicas

Juan Pablo Villalobos  
*Te vendo un perro*  
Anagrama, 2015  
256 pp., 16,90 €

En su tercera novela, *Te vendo un perro*, Juan Pablo Villalobos (1973) construye con paciencia infinita y elegante modestia un edificio metapoético, y condensa en unos pocos personajes la casa de muñecas de un México en jaque. Villalobos fustiga la historia de una sociedad con corrosión y alevosía. Se apoya en el realismo de la parodia y en lo cómico para denunciar, desde la perspectiva del escepticismo, la persistencia de un pasado doloroso e inamovible. La caricatura social le ayuda a denunciar una realidad social e individual desapegada y tragicómica. La comunidad de vecinos funciona como espejo en el que se revelan, fantasmalmente distorsionados, los defectos de todos. La comunidad misma es un protagonista más, y a partir de las reglas establecidas y los intereses en juego de sus integrantes surgen

**En su tercera novela, *Te vendo un perro*, Juan Pablo Villalobos (1973) construye con paciencia infinita y elegante modestia un edificio metapoético, y condensa en unos pocos personajes la casa de muñecas de un México en jaque**

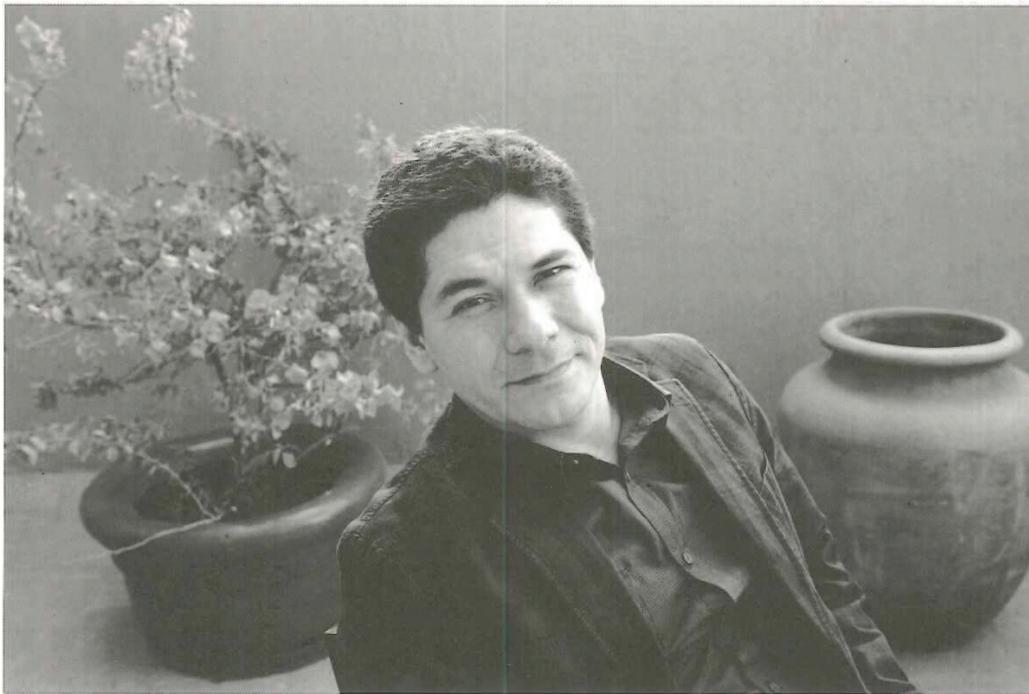
todo tipo de conflictos. Eso sí, Villalobos huye de los personajes enfáticos, demasiado evidentes o sobrecargados, y no recalca su crítica de un modo estridente y notorio. El ambiente del edificio no es opresor ni oscuro, como lo era el de la película de Polanski; pero sí está presente, de otro modo, la idea de opresión, y Villalobos intenta darle voz a esa situación angustiosa en la que están encerrados cada uno de sus personajes. Así, Villalobos retrata en *Te vendo un perro* un universo que está contenido dentro de otros universos, al modo de una recámara interna. La íntima inmensidad de esa conciencia social funciona abriendo cajas de Pandora. Al igual que en el interior de un teatro, en *Te vendo un perro* se proyectan siluetas y vidas, casi en una misma representación, con el cartel de una escenografía ya cerrada. Recuerdo que Emily Dickinson escribió que no podía estar sola, ya que la visitaban multitudes, incontables visitantes que irrumpían en su cuarto. A mí el edificio imaginario de Villalobos me recuerda más al pueblo poblado de fantasmas de Pedro Páramo. Las almas dolientes de los vecinos se abren como cajas de la memoria. Desde lo que dicen intuimos cómo es el resto de la ciudad, por retazos y aproximaciones. Viven en una inadaptación que toma una resonancia épica y niega un destino colectivo.

Teo, un vendedor de tacos jubilado (de tacos a veces hechos con carne de perro, la más barata), reside en un ruinoso edificio infestado de bichos. Le gusta frecuentar las cantinas y pasa la mayor parte del tiempo en su apartamento; en uno u otro lugar, cualquier momento es bueno para beber. Escribe y dibuja, y va llenando cuadernos sin pretensión ninguna, sus convecinos le convierten en el enemigo número uno del edificio por no participar en sus tertulias literarias, un deber sagrado para los habitantes del inmueble. Es, a su vez, devoto de la *Teoría estética* del filósofo alemán Theodor Adorno, que le acompaña en todo momento, hasta que pierde su ejemplar. Su discurso tiene ínfulas de artista fracasado, un marginal agradable y de pensamiento trágicamente

nihilista. El apego a la *Teoría estética* de Adorno le sirve para sustituir su experiencia por el dogma de un libro incomprensible para él, pero desde cuya filosofía resuelve todos los asuntos domésticos.

Los juicios amorales y nihilistas del protagonista contrastan con los de Willem, un mormón de Utah que irrumpe en la vida de Teo y que intenta convertirle y educarle en la religiosidad; pero al final es Teo quien le enseña el paganismo y le conduce a la tentación. La irrupción de la juventud, encarnada en Willem (que llamando a la puerta podía haber sido un vendedor de enciclopedias), o del revolucionario Mao (falso maoísta clandestino), o de Dorotea contrasta con el puritanismo y la rigidez de normas y costumbres de los tertulianos, muchos ya maduros, que conforman la totalidad visible de la comunidad de vecinos. Sobre Willem, pienso en algo que decía Balthus: «Empiezo a pintar cada día rezando: un gesto ritual que me da fuerzas para cruzar, para salir de mí mismo». La pintura (la del propio Teo, suponemos) es una forma de plegaria. No deja de haber algo de plaga bíblica en *Te vendo un perro*, de aviso y profecía; un claro ejemplo es el de los inquilinos del inmueble que conviven con un sinfín de cucarachas a las que no hay manera de exterminar.

La vida de Teo se sostiene sobre tres ejes: el abandono paterno, la renuncia a la verdadera



Juan Pablo Villalobos | FOTOGRAFÍA: © Lisbeth Salas | <http://www.fsgoriginals.com/>

vocación y el amor no correspondido. «Mi madre se dedicó a dos cosas: a ir al médico y a cuidar de sus perros», dirá. Él es un antihéroe dedicado al laconismo y a la originalidad de una vida fracasada y rutinaria: «la de los muertos insepultos, la de los muertos en vida —como se lee en la novela—, la de los que están vivos solo por un engaño, por una falla de la memoria».

En la novela, entre capítulos, se van entrelazando pasajes del pasado y del presente, en un intento de cubrir y recorrer el arte y la política del México de las últimas décadas, marcadas en la historia familiar de Teo por la sucesión de perros de su madre. La novela es una gran metáfora que acoge a los olvidados, los malditos, los marginales, los desaparecidos y los perros callejeros. «Los perros no importan. Los perros no importa que sean perros —escribe—. Son perros porque sí, pero podría

**En la novela, entre capítulos, se van entrelazando pasajes del pasado y del presente, en un intento de cubrir y recorrer el arte y la política del México de las últimas décadas, marcadas en la historia familiar de Teo por la sucesión de perros de su madre**

ser cualquier otra cosa que sirviera como símbolo de la crueldad de la vida. Si no hubiera perros sería ratas, o conejos».

III

Quizás por haberme familiarizado muy pronto con el mundo del absurdo pienso que todo viene de los vagabundeos de la infancia, de las sucesiones de destierros como sueños inoportunos desde que tenemos conciencia del mundo. Cuando leo a Kafka me invade una ligera despreocupación, su profundidad y su extrañeza me reconcilian con una realidad incierta e inaprensible, y acepto con incomodidad la procesión que supone en mí su

ce, con un humor contagiable, imaginativo, perverso y arriesgado. De instinto alegre, su escritura es incisiva, el tono vital e inteligente, los personajes singulares y *Te vendo un perro* es un delirio hilarante, una novela retorcida y tan divertida como surreal. Su lectura nos acerca a la incomodidad de un encantamiento. Villalobos sabe arriesgarse a no estar de acuerdo con el siglo que le ha tocado, con las modas y los semejantes. *Te vendo un perro* es un libro proteico, y el testimonio de una memoria literaturizada; una búsqueda de una medida de la realidad, de una nueva inocencia de lo trágico, acaso de un peregrinaje por la fiesta de los recuerdos. ■

Museos  
CINE Danza  
Actividades Especiales  
EXPOSICIONES  
Arte Contemporáneo  
Ocio Infantil Ópera  
Conferencias y Debates  
ESCENA Música  
Visitas Guiadas  
TEATRO

Todos los eventos en un solo lugar

AGENDA CULTURAL  
ASTURIAS

[www.agendaculturalasturias.es](http://www.agendaculturalasturias.es)



GOBIERNO DEL  
PRINCIPADO DE ASTURIAS